DE LLANURA Y SOLEDAD

Sugestiones de milonga

para narrador y bandoneón solo

opus 57

(1987)

POEMAS

I - De no faltarle nada

II - El prodigio de ser chico

III - ¿Qué importa el nombre?

Rodolfo Daluisio
(1952)*

Estreno: 13-7-1988-Asociación PROMETEO
Bandoneón:el autor -Voz: Adelaida Hernández de Castagnino

DE LLANURA Y SOLEDAD - Sugestiones de milonga
para narrador y bandoneón solo - op.57 *(1987)*

I

DE NO FALTARLE NADA

Hubo milongas de punteo brioso
en más de un patio,
abierto de aire y campo.

Y un saber tan antiguo de melodías llanas
muy bien aparejadas
con el hondo misterio de las cosas eternas.

Los cantores nacidos de la tierra,
- almas redondas de lo tan vulgar
que a no faltarle nada, eran perfectas - ,
según el canto de antes,
en la anchura del suelo de llanura,
dieron milongas de goce y corazón
en la honda franqueza de su fervor paisano,
que al no faltarle nada
era perfecto.

Rodolfo Daluisio
(1952)*

Reg. Nac. de la Propiedad Intelectual
Registro S.A.D.A.I.C. socio n° 69431

II

EL PRODIGIO DE SER CHICO

En labios de mi madre, se contaban
prodigios increíbles de la Virgen.

La Virgen de Luján
estando en un lugar muy pobre y tosco
que tan solo tenía piedra y cielo,
- y tal pertenecían estas cosas
a aquello que al principio Dios creó - ,
unas manos de hombres
la pusieron en sitio de mayor majestad.
Pero unas manos de Ángeles la volvieron a pobre
según su voluntad.

Si quien ama ve grande al amor sobre él
quien ama se hace chico.

Así dijo mi madre,
que aquella bendición
podía enaltecer la casa nuestra.
Y ese prodigio enorme pasó por ser pequeño
para entrar en mi casa.

Rodolfo Daluisio
(1952)*

III

¿ QUÉ IMPORTA EL NOMBRE ?

Sentíanse enlazados entre sí:
la pampa y él.

Un paria en la porfía aguda
de nunca consentir.

La soledad y el rumbo:
siempre al campo.

De resero, de peón, de domador,
de casero, juntador de maíz,
rumbeador de a caballo.
Ni fracaso, ni ruina fueron tantos.
La pampa y él: dueños entre sí
en una señalada pertenencia.

¿Qué importa el nombre, entonces?,
ante esa identidad de tierra y alma
hasta el día perenne
en que sean los dos:
el suelo y él
una misma raíz.

Rodolfo Daluisio
(1952)*